

# *Librerías de viejo, brevísimo glosario personal*

Carlos Francisco Gallardo Sánchez

**A**migos. Los libreros de viejo no son tus amigos, son en todo caso tus cómplices en la resolución de un misterio: el libro que buscas y que no encuentras, que ellos tienen o que podrían conseguir. Es indispensable la cordialidad mutua, por supuesto; no podría ser de otro modo para llegar al buen puerto del libro que quieres. Pero es insoslayable que en la base de esta relación hay un acuerdo pecuniario, tú pagas y ellos hacen su trabajo. Y su trabajo es difícil. Se sumergen en el mundo tenebroso del libro usado, de viejo o antiguo, y con la determinación y frialdad que les ha dado la experiencia afrontan las sombras de herederos que venden bibliotecas, de funcionarios que hacen descartes de acervos públicos, de recolectores que extraen ejemplares de la basura o del reciclaje, de mercenarios a sueldo cuyos métodos es mejor no conocer. Siempre impasibles ante las cuitas propias o ajenas, para que tú puedas alargar la mano y tomar tu libro. Quisieras que fueran tus amigos, te repites; generosos y desprendidos

como se espera. Pero no, así no funciona la cosa, ellos pagan renta también.

**Amuleto.** Tener buena suerte en una librería de viejo significa que uno encuentra lo que busca, incluso sin buscarlo premeditadamente, como un secreto cuyo conocimiento está vedado hasta el momento justo. Un día se encuentra el libro largamente perseguido. Otro, fulgura la obra de la que no se tenía noticia y que apacigua el deseo. La buena suerte es, sin duda, cosa del azar. E insistir las veces necesarias, ayuda. Hay algo más, la única certeza en el tema: tener un amuleto es el mejor camino para lograr fortuna en los yacimientos del libro viejo. Pueden ponerse a prueba estampillas, patas de conejo, tréboles, nuevas especies. Yo tengo el mío, su poder me guía.

**Botadero.** Un botadero es como la vida misma: una suma de desprecios y olvidos. Llegan aquí para conformar una orografía procelosa los libros que no cumplieron las expectativas que otros tenían de ellos, que se quedaron estancados en los aparadores y las bodegas, que se extraviaron porque casi nadie se interesó en sus páginas y, no obstante, han sobrevivido hasta ahora. Puede ser un mundo insulso, sí, lleno de insignificancias, pero por eso mismo el espacio donde hay que ser tenaz. Porque el lector que se enfrenta a un botadero de libros, deberá ante todo enfrentar la adversidad que se presenta bajo la forma de un revoltijo de ejemplares y entonces abrir veredas hacia aquel libro que, como él, tal vez persiste en medio de la confusión para que suceda este encuentro.

**Cajas.** Este vértigo es el mismo de cuando se afrontan las alturas y está por descubrirse un destino, a ras de tierra o entre nubes, ninguno tal vez. ¿Qué me aguarda más allá de la orilla? ¿Qué se esconde en el interior de esa caja de libros que veo con ansiedad? Me arrojo y cruzo sus penumbras y escarbo y tomo un ejemplar tras otro, busco la joya que detenga el torbellino de papel dentro de mi mente enfebrecida. Las cajas de libros en una librería de viejo: cofres de cartón con la promesa de un tesoro que se

cumple rara vez, pero que antes ya ofrecieron la aventura de su atracción sideral.

**Libro.** Es un dios pagano y sensual que cambia de rostro cuantas veces son los lectores que hay o habrá en el mundo. Y aunque el género de su nombre es masculino, en realidad su condición es la de un andrógino que, como en el mito que cuenta Platón, ha sido separado en los sexos que lo integraban y busca incesantemente a aquel o a aquella que lo complementa en el acto amoroso de leer y ser leído. Se habla, por lo tanto, de una erótica libresca, máximo saber que rige y propicia la unión de dos cuerpos, libro y lector, a través del goce correspondido de sus materias: olor, color, textura, volumen y otras tantas. Suyo es el poder de la seducción; las palabras y las imágenes, sus trebejos. Con el aspecto de una creación humana, muda también de edad a conveniencia. Más que una abstracción que habita en el cielo y que se despereza de vez en cuando para aleccionar, es una fuerza que levanta o arrastra, tranquiliza o sacude. Uno de los templos donde se le rinde culto es el que llamamos librería de viejo.

**Polillas.** Las he visto volar alrededor de los focos, atraídas como planetas a un sol. Me han parecido inocentes. Y hasta torpes cuando cesa la luz y veo que se tambalean en el aire y chocan contra los muros y la oscuridad. Algo de la fragilidad del papel tienen estas mariposas nocturnas. Esa reminiscencia es, de hecho, lo que me trae de vuelta a su naturaleza temible: el papel es uno de sus alimentos. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas flanqueado por librerías y libros apilados donde sea posible, una se ha apostado en el filo de un estante, como un zopilote que se acerca a su inmóvil presa. Tras golpearla con el dedo índice, se ha desmoronado. Parecen hechas de tierra. Su origen subterráneo, su voracidad rastrera quedan al descubierto. Si alguna aterriza en un libro y hace nido, sus larvas cavarán túneles en las hojas e inflarán los estómagos con celulosa hasta convertirse en esos seres que buscan la luz para inmolarse. Claro está, después de

haber asegurado su reproducción y sobrevivencia como especie. Así en un ciclo infinito, enloquecedor.

**Polvo.** Las manos cubiertas de polvo son la distinción que otorga haber estado plenamente en la batalla. Son la señal de que se ha franqueado el abismo entre uno y el mundo en una librería de viejo, de que a través del libro se ha hecho contacto con la sustancia de la que provenimos y a la que volveremos. Un auténtico guerrero bibliófilo suspende la contemplación y se ensucia las manos; asume cabalmente la misión encomendada por sus propios intereses. El librero puede ser afanoso y sacudir los libros, pero ya sea mucho o poco, el polvo estará ahí y se levantará a nuestro paso. Entre mayor es la profundidad de la capa de polvo en la piel, mayor es nuestro honor: más han sido y serán los riesgos.

**Placer.** He pasado mucho tiempo visitando librerías de viejo, días y horas de asueto que en ocasiones, honestamente, pudieron tener el mejor destino de otros placeres. Comer la comida favorita o hacerle el amor a una mujer, por ejemplo. También es verdad que no logro escapar fácilmente de mí mismo, soy un vasallo de mis obsesiones, y la inquietud por algunos temas se ha instalado en mi cabeza, como una voz implacable que me conmina a no detenerme nunca. Hay un mundo de hazañas que se oculta bajo la aparente tranquilidad crepuscular de una librería de viejo. Quien ha traspasado su umbral con frecuencia, lo hace con el heroísmo de quien conoce el terreno y sabe regresar a casa con los logros de su fijación. Es sentirse importante y resuelto. Ahí, en la intimidad del hogar, frente a los ejemplares deseados, confirmo que la entrega ha valido la pena porque me he satisfecho a mí mismo. Es decir, que esto es un placer solitario; onanista, dirán algunos.

**Refugio.** En varias ocasiones me he ido a guarecer a una librería de viejo. No precisamente para evitar la lluvia o escapar del gentío en la calle, aunque así me haya sucedido algunas veces en un lugar como la Ciudad de México, donde llueve casi la mitad del año y somos millo-

nes los que vivimos en ella. Pienso más bien en aquellas ocasiones en las que el motivo ha sido mi necesidad de un respiro en medio de las contrariedades que suele entrañar la existencia. Entonces no he ido en busca de ningún libro, sino de un momento: el de dejarse estar, en tregua con uno mismo, dispuesto al simple y liberador vagabundeo en los recovecos de un paisaje. Si no hubiera oportunidad de llegar a casa, una librería es buena opción para resguardarse mientras caen las bombas y, acaso luego, seguir.

**Tiempo.** Una librería de viejo es un cúmulo de tiempo. En su interior se arremolinan los años de existencia de los ejemplares que pernoctan en libreros y mesas. Otras duraciones menos visibles confluyen también en cada volumen: las noches en que fue escrito, los días en que tardó en ser publicado, las jornadas en que fue leído. El visitante que sabe de ello busca tiempo que pueda llevarse a casa; ofrenda tiempo a cambio, además de monedas. Horas enteras que he derrochado entre los anaqueles de una librería mientras indago, fastuosidad que he procurado para desvanecerme, después, en los bosques del libro durante la lectura y vivir más.

**Tripas.** Así llaman los libreros a los objetos que las personas han dejado entre las páginas de los libros: fotografías, recibos, boletos de transporte público, cromos, cartas, documentos, flores, billetes, entre los más comunes. Muchos de ellos fueron utilizados como separadores ante la siempre molesta circunstancia de tener que suspender la lectura. Otros llegaron ahí por razones más misteriosas, pero probablemente relacionadas con el resguardo y el ocultamiento. Mientras hojeaba un libro en una librería de viejo, recuerdo haber hallado en su interior una carta amorosa y, tras leerla, dejar el volumen en su sitio porque sentía que transgredía la intimidad de alguien. Existen especímenes raros que aparecen en el seno de los libros como evidencias de un mundo aún más oscuro: mechones de cabello o pedazos de comida, por ejemplo. Las tripas son la historia encarnada que los

lectores han dejado de sí mismos en los libros que alguna vez los acompañaron.

**Vicio.** ¿Qué es tener el vicio de los libros? Es pensar todo el tiempo en ellos, desde que despiertas hasta que toca ir a dormir. Es soñar con ellos. En los que tienes y en los que te hacen falta, en los que has leído y en los que se acumulan sin leer no en una fila sino en pilas por todo el hogar, en los que desconoces pero que forman parte de tu destino. En mi casa son la presencia más numerosa y sospecho que es su casa más que mía. En cualquier espacio libre de los enseres domésticos elementales, se dibujan ya los planos de las estanterías que intentarán contener su desbordamiento, infructuosamente. Uno los necesita para hacer la vida más llevadera, porque la vida es dura, lo sabemos, y en esa misma magnitud se requieren dosis de libros. Ir a una librería de viejo, a una de las buenas, es ir a un fumadero atendido por expertos que saben del síndrome de abstinencia, del terrible mono.